

ciaba á los generales que imitaban á Caulaincourt; y suplicaba á su hermano que «llamara á los ladrones.» Con razón comparaba el movimiento de España con el de la Revolución francesa. Si Francia, decía, pudo poner un millón de hombres sobre las armas, ¿por qué España no ha de poder armar á quinientos mil? «Tengo por enemigos, continuaba, una nación de hombres valientes, exasperados hasta el último grado. Háblase públicamente de mi asesi-

nato... y no se tiene con este pueblo ninguna de las atenciones que se deberían guardarle.» Luego volviendo sobre una alegación del emperador, decía: —«No, señor, las gentes honradas no están por mí, como no lo están tampoco los pillos. Estáis en un error: ¡vuestra gloria sucumbirá en España!»

Esas representaciones, esas quejas, este profético espanto tan profundamente sentido, no producen otro efecto que irritar á Napoleon; no ve en ello



La guerra en Cataluña

mas que el decaimiento de un corazón tímido y de una imaginación opresa. A su manera se esfuerza ya en levantar esa alma abatida. Suceda lo que suceda la sumisión de España será un hecho. Ya está reconocida por Europa. «Esta mañana he recibido noticias de Rusia y cartas del emperador. *El asunto de España era ya un negocio antiguo y que habíamos arreglado...*» Napoleon había, en efecto, notificado á Alejandro que, obligado á mezclarse en los asuntos españoles, se había visto, por la irresistible pendiente de los sucesos, llevado á un sistema que, al asegurar la dicha de España, aseguraba también la tranquilidad del imperio. En esta nueva situación, España debía ser más independiente de Napoleon de lo que lo había sido—8 de Julio de 1808. A esas tan francas explicaciones, añadía, con objeto

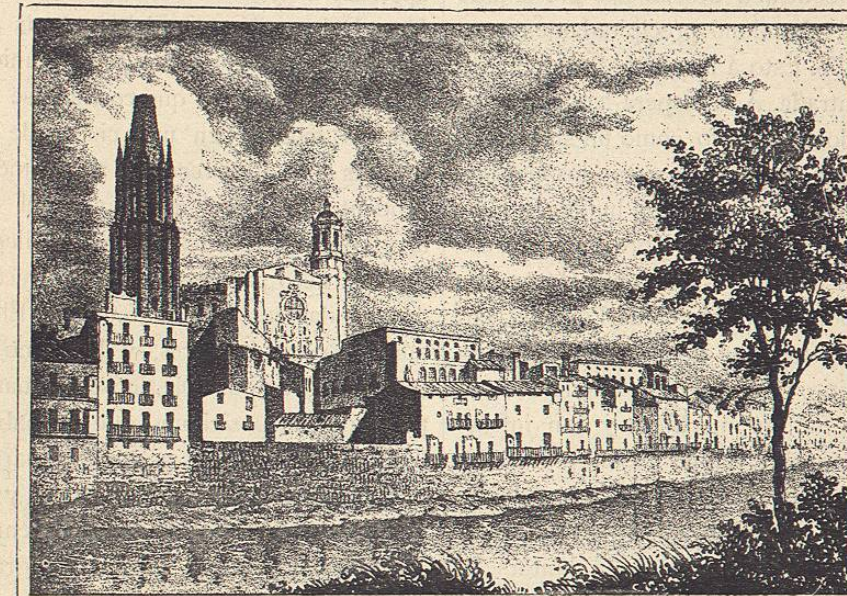
de desacreditar la insurrección española, una asención que ha sido el punto de partida de todas las fábulas sobre la materia: «Tengo motivo, le decía á Alejandro, de estar satisfecho de todas las personas de rango, de fortuna ó de educación. Sólo los frailes, previendo la destrucción de los abusos, y los agentes de la inquisición que entreen el fin de su existencia, agitan el país.»

Las cartas de José y la misma correspondencia de Napoleon son la refutación más brillante de esta desvergonzada mentira. El clero, después de los cortesanos y de los altos funcionarios, era la clase que se mostraba más dispuesta á adherirse. Vióse, empero, arrastrado por el movimiento nacional, se portó valerosamente, pero no lo creó. En diferentes ocasiones José y Napoleon mismo, se hicieron boca

de las buenas disposiciones del clero: «El oficial de Bessieres, escribe Napoleon el 25 de Julio, algunos días después de su carta á Alejandro, ha dicho que los sacerdotes y hasta los frailes desean muy mucho la tranquilidad.» El testimonio de José es todavía más decisivo. El día 26 de Julio escribe á su hermano: «He reunido en mi casa á todos los jefes del clero regular y secular, y les he hablado durante una hora. Me parece que han salido con buenas disposiciones.» Al otro día 27, analizando los sentimientos del país en general, vuelve sobre el mismo

tema. «Los grandes y los ricos, dice, y sobre todo las mujeres, son detestables.» Esto para aquellas «personas de rango, de educación y de fortuna» que Napoleon representaba como muy satisfactorias. En cuanto al clero, hé aquí lo que José decía: «El clero que ayer ví, se ha portado hoy bien. Díceseme que muchos sacerdotes han inspirado buenos sentimientos al pueblo.»

Napoleon no respondió hasta el día 31 de Julio á las lamentaciones y lúgubres profecías de José. «Hermano mío, le escribió, el estilo de vuestra carta



Gerona

del 24 no me gusta. No se trata de morir, sino de vivir, y de ser victorioso, y vos lo habéis sido y lo seréis. En España yo encontraré las columnas de Hércules, pero no los límites de mi poder.» Luego enumeraba los refuerzos que dirigía á España, y una vez llegado á las quejas de José relativas á los saqueadores y ladrones, decía: —«Coulaincourt ha hecho bien en Cuenca. La ciudad ha sido saqueada, es el derecho de la guerra, puesto que ha sido tomada por las armas... Vuestra posición puede ser penosa como rey, pero es brillante como general.»

Al día siguiente de escribir esas palabras insolentes y crueles que eran un desafío arrojado á la vez á la justicia, al buen sentido, á la humanidad y hasta á la fortuna, recibía la noticia de que Dupont, lejos de tomar la ofensiva, iba á operar un movimiento retrógrado. «¿Dupont va á ser atacado y obligado á retirarse? ¡Esto no se puede con-

cebir!» 1.º de Agosto... La triste verdad no la conoció hasta el 2 de Agosto. Su corazón de bronce no se inmutó un solo instante con la relación de los infortunios de sus compañeros de armas, sólo su orgullo sintió el golpe. Fué imposible no prever las principales consecuencias, su prestigio de invencible quedaba destruído, España perdida para mucho tiempo, tal vez para siempre, la esperanza renaciendo en sus enemigos; pero en vez de quejarse de su propia ceguera, no pensó mas que en perseguir, en deshorrar, en castigar las víctimas de su imprevisión. Puso en perder á Dupont el mismo encarnizamiento que antes había desplegado contra Villeneuve. «Leed estos documentos, escribía á Clarke el 3 de Agosto, y decidme si desde que el mundo existe se ha visto nada más bestia, más inepto y más cobarde. Hé aquí, pues, justificados los Mack, los Hohenlohe, etc... Deseo saber qué



tribunales deben juzgar á esos generales, y qué pena imponen las leyes á tal delito.» Al día siguiente escribía que esos cobardes llevarían su cabeza al cadalso.

Por lo demás, había en esta cólera mucha afectación, y algunas veces al fingirla estaba desgraciado, testigo esta frase casi burlesca dirigida á Davout: «Dupont ha deshonrado nuestras armas, y ha mostrado tanta ineptitud como pusilanidad. Cuando esto lleguéis á saberlo un día, los cabellos se os pondrán de punta»—23 de Agosto.

El desastre de Bailén motivó la evacuación de Madrid que se encontraba descubierto por el lado del Mediodía. José abandonó precipitadamente su capital el 29 de Julio. Esto á los ocho días de haber hecho en ella su entrada. A la víspera 2.000 criados habían abandonado el palacio como un sitio apesadado. Los cortesanos se portaron como los criados. Ni uno solo acompañó á José en su huida. El ejército francés se replegó sobre el Ebro. Sus jefes no estimaron bastante sólida la línea del Duero que recomendaba Napoleon en interés de Portugal, entonces tan amenazado como España. Verdier tuvo que levantar el sitio de Zaragoza después de un nuevo asalto que fué tan mortífero y tan infructuoso como todos aquellos que lo habían precedido. José puso su cuartel general en Miranda, en donde el mariscal Jourdan, que hacía mucho tiempo reclamaba á Napoleon, fué muy pronto á juntarsele, extendiéndose el ejército francés así concentrado de Bilbao á Tudela en una fuerte posición defensiva que le permitía esperar los refuerzos anunciados por el emperador.

El mes de Agosto no terminó sin que un nuevo contratiempo casi tan desastroso como el de Bailén hubiese deslucido la gloria de los ejércitos franceses. Hacía ya más de un mes que no se tenía noticia alguna del ejército de Portugal. Ese silencio no era sólo efecto del levantamiento de España que había interrumpido todas las comunicaciones entre Francia y Lisboa, sino también de la revolución del pueblo portugués.

Junot no ocupaba ya más que cuatro ó cinco plazas fuertes en Portugal, cuando el 1.º de Agosto se presentó delante de la desembocadura del Mondego la armada que llevaba al ejército inglés. Mandábala un joven general que se había ilustrado en la India por la firmeza y prudencia de su conducta militar, sir Arturo Wellesley, conocido del mundo entero más tarde con el nombre de Wellington. Enviado para sostener el levantamiento español, Arturo Wellesley se había ante todo presentado de-

lante la Coruña, pero los insurgentes de Galicia, aún después de su derrota en Rioseco, habían, como los de Andalucía, rechazado en absoluto todo concurso extranjero; y no habían aceptado de Inglaterra mas que socorros en dinero y municiones. Wellesley había en consecuencia escogido por teatro de sus operaciones ese litoral estrecho y escarpado de Portugal, del que iba á hacer muy pronto un campo atrincherado inexpugnable contra el cual debía estrellarse toda la energía de Napoleon.

Desembarcó con 10.000 hombres, y algunos días después, fué reforzado por cuatro mil, Wellesley se apresuró á tomar la ofensiva antes de que llegara Hew Dalrymple, que debía tomar el mando del ejército cuando estuviera todo reunido. Junot comprendió los peligros que corría si se dejaba asaltar por los ingleses en una ciudad de 300.000 almas prontas á la insurrección, así formó el plan muy prudente de marchar delante del enemigo y de arrojarlo al mar antes de que le llegaran otros refuerzos. Pero para ejecutar tal proyecto no le bastaron todas sus fuerzas reunidas. Elevábanse éstas aún á 29.000 hombres, y Junot no supo concentrarlas á tiempo. Obstinóse á guardar la mayor parte de las posiciones que ocupaba; llamó á Kellermann de Setubal, pero dejó guarniciones en Elvas, Santarem, Almeida, Peniche y Palmela, independientemente de la que mantenía en Lisboa. Además expuso á un peligro más grave al destacamento de 5.000 hombres que había encargado observar á los ingleses, bajo las órdenes del general Delaborde. Atacado por Wellesley, cerca de Roliça en una posición sobrada avanzada por sus fuerzas, Delaborde sostuvo el choque con un ejército tres veces más numeroso que el suyo y defendió el terreno palmo á palmo con la mayor intrepidez; pero por esto no hubo menos de pensar en escapar mediante una pronta retirada, después de haber perdido cerca de 500 hombres, y de haber abierto la campaña con una desgracia, lo que siempre produce en el soldado malísimo efecto, — 15 de Agosto.

Wellesley, á consecuencia de este combate adelantó hasta Vimeiro, á donde se le juntaron otros dos cuerpos de ejército que elevaron sus tropas hasta cerca 18.000 hombres. Junot había logrado al fin reunir sus principales cuerpos; sus fuerzas se elevaban á poco más de 13.000 hombres. Avanzó pues, por su parte, hasta Torres-Vedras, colocándose en frente de las posiciones inglesas. Había llegado para Junot el momento de arrojar al mar los ingleses, según el programa tantas veces trazado

por Napoleon. Esta tarea parecía que habían querido hacérsela más fácil acampando en las alturas de Vimeiro, esto es, adosados á abismos que caen á plomo sobre el Atlántico. Wellesley no había escogido esta posición. Su plan, mucho mejor concebido, consistía en desfilar línea recta por la costa del mar de modo que se envolviera al ejército de Junot colocándose entre él y Lisboa, por los alrededores de Mafra; pero una orden de su superior Burrard, el segundo del general Dalrymple, que estaba entonces á punto de desembarcar, le había obligado á detenerse en Vimeiro para esperar la llegada de un nuevo cuerpo de tropas de diez mil hombres que debía llevar el general Moore. Felizmente para él el mismo motivo obligó á Junot á atacarlo sobre la marcha.

Junot principió á la madrugada del 21 de Agosto su movimiento, y sobre las siete de la mañana atacaba las posesiones de Wellesley. El general Delaborde sostenido por los generales Soison y Thomière, se lanzó impetuosamente al asalto de las baterías de Vimeiro, sobre la derecha del ejército inglés, que relativamente parecían desguarnecidas. Los ingleses no tenían casi caballería, pero su infantería era sólida y resistente. El fuego de sus numerosas baterías contuvo desde luego á los asaltadores y bien pronto los rechazó en desorden por las pendientes por donde habían subido. El ataque francés contra su izquierda era secundario, y por ese mismo motivo era sostenido muy débilmente habiendo sido todavía menos feliz, quedando los dos generales de brigada que lo conducían fuera de combate. Junot lanzó entonces su reserva compuesta de soldados escogidos mandados por Kellermann, haciéndole sostener por su artillería que conducía el coronel Foy. Los granaderos de Kellermann subían las cuestas corriendo, así muy pronto coronaron las alturas de Vimeiro; pero aquí fueron recibidos por mortíferas descargas que los obligaron á retroceder, la artillería francesa quedó desmontada antes de haber podido tomar posición cayendo su coronel gravemente herido; en fin, la caballería de todo punto inútil en aquel terreno montuoso se limitó á proteger la retirada de los batallones franceses á medida que eran estos rechazados. El ataque había, pues, fracasado en todos los puntos y el ejército inglés quedaba intacto en sus posesiones.

Era entonces medio día y los franceses habían perdido 1.800 hombres y treinta piezas de artillería. Los ingleses no habían tenido más que 134 muertos y 335 heridos. Junot ordenó la retirada que el ejército operó sin ser inquietado. Wellesley quería per-

seguirle, pero ya no era general en jefe, y Burrard que había tomado el mando, no le permitió acabar su victoria. La falta de caballería hubiese hecho por otra parte difícil la persecución. Al día siguiente Junot, después de un Consejo de guerra en el que se reconoció la imposibilidad de ocupar por más tiempo Portugal, envió al campo inglés á Kellermann para tratar de la evacuación. La próxima llegada de un nuevo refuerzo inglés hacía urgente esta determinación. Después de un armisticio y de largos debates, que duraron cerca de 10 días, los plenipotenciarios firmaron en fin, el 30 de Agosto, la Convención de Cintra. La escuadra rusa que estaba bloqueada en el puerto de Lisboa y que constantemente se había negado á asociarse á los esfuerzos de Junot, quiso tener su convención aparte. Siniavine, su almirante, obtuvo que la escuadra quedara en depósito en un puerto inglés hasta la conclusión de la paz entre los gobiernos respectivos.

Concedía la Convención de Cintra al ejército de Junot condiciones de todo punto inesperadas. Puesto que había ya desembarcado, Moore, era en efecto, casi posible hacerle prisionero ó destruirle. Batido, desmoralizado, cortado por las insurrecciones española y portuguesa, al mismo tiempo que por 30.000 hombres de excelentes tropas, era difícil escapar á la alternativa de hacerse matar sobre un campo de batalla ó ser prisionero de guerra. El gobierno inglés se encargaba de transportarla por mar á Lorient y á Rochefort. La Convención de Cintra excitó un violento descontento en Inglaterra, como en Portugal y en España; sin embargo, fué ejecutada con gran lealtad durante el trascurso del mes de Setiembre. El gabinete británico se limitó á mandar á los tres generales á quienes acusaba la opinión delante de un Consejo de guerra que los absolvió.

En el mismo momento en que las tropas de Junot se embarcaban para Francia, confusas de su pronta derrota é inciertas de la recepción que se les haría, en el otro extremo de Europa se embarcaba un ejército para España con disposiciones bien diferentes. Venía, escapando á mil peligros, después de una evasión casi milagrosa, á unirse á los defensores de la patria española para vencer ó morir con ellos.

Era este ejército el de La Romana que Napoleon había atraído traidoramente á las orillas del Báltico para disminuir en lo posible las fuerzas del país que había querido subyugar. No creyéndola todavía bastante lejos de España en Hamburg, en donde en un principio la había confinado, había hecho desembar-